

*Réplica*

ARTEFACTOS, INTENCIONES Y FUNCIONES

Réplica a Jaime Fisher

---

En su reseña crítica de nuestro libro *La naturaleza de los artefactos: intenciones y funciones en la cultura material* (Buenos Aires: Prometeo, 2015), Jaime Fisher señala una serie de interesantes argumentos para la discusión. Varios de ellos nos permiten precisar y explicitar algunas ideas presentadas en la obra, ya sea profundizándolas o matizándolas y simultáneamente confrontar con algunas posiciones que el reseñista asume o adjudica a nuestra propuesta. En lo que sigue intentaremos responder a las principales objeciones de Fisher de la manera más ordenada posible.

La primera cuestión está vinculada con la relación entre filosofía de la biología y filosofía de la técnica. Según Fisher, el interés principal de nuestro libro “se hallaría a montacaballo entre la biología y la técnica como objetos simultáneos de su reflexión filosófica”. Respecto de esto, debemos hacer las siguientes dos aclaraciones.

En primer lugar, nuestro libro no se ocupa de tematizar sistemáticamente el vínculo entre filosofía de la biología y filosofía de la técnica, si bien es el telón de fondo de buena parte de las discusiones del capítulo 3. En verdad nuestro campo de análisis y objeto de estudio de halla exclusivamente dentro de la denominada cultura material y atañe a los objetos técnicos. Si bien nuestra mirada se amplía para abarcar a los “bioartefectos”, lo hacemos siempre con el interés puesto en el mundo técnico. Precisamente cuando tomamos a artefactos no prototípicos como los bioartefectos se patentizan con más claridad las dificultades o sesgos de los vocabularios intencionalistas y no intencionalistas. De este modo, los bioartefectos son usados deliberadamente como parte del argumento para la crítica interna del vocabulario y los alcances explicativos de ambos modelos.

En suma, no discutimos tesis sobre función en biología ni sugerimos que las reflexiones sobre la cultura material pueden tener un impacto sobre la filosofía de la biología. Más aún, el interés del libro no es elaborar una justificación teórica de la continuidad o discontinuidad ontológica entre biología y técnica. En todo caso uno de los objetivos

ha sido revelar hasta dónde la analogía biología/técnica se sostiene y cuándo deja de tener sentido o se convierte simplemente en un vehículo de confusiones.

Dicho esto, en segundo lugar, nuestro interés por la cultura material nos ha llevado a incorporar reflexiones del ámbito biológico. Básicamente, se trata del concepto de función y de las explicaciones de cuño evolucionista, cuestiones que se integran en la pregunta por la relevancia de la intencionalidad en el establecimiento de funciones. La noción de función técnica tal como se discute en el debate contemporáneo fue primeramente elaborada en el marco de la filosofía de la biología (véanse los trabajos pioneros de L. Wright y R. Cummins) —quienes no obviaron ejemplos y tratamientos de funciones de artefactos en sus argumentos— y desde allí se intentó trasladar a las discusiones sobre la función técnica. Dado que no creemos que exista una discontinuidad radical entre el mundo técnico y el biológico, nos enfocamos en los alcances y limitaciones de la analogía entre evolución técnica y evolución biológica. Respecto de esto último, sostenemos que es un error dar por sentado que el lenguaje usado para comprender fenómenos de evolución biológica sea suficiente para dar cuenta del despliegue técnico.

La segunda cuestión involucra el carácter del debate intencionalismo/no intencionalismo que vertebra nuestro libro. Según Fisher la idea de un debate “bien delimitado” es más bien un “deseo de los autores” y no una cuestión efectivamente dada. En este punto vale preguntarnos: ¿qué significa exactamente que actualmente hay un debate “bien delimitado” en filosofía de los artefactos en torno al problema de las funciones técnicas? “Bien delimitado” significa aquí que el debate ha cristalizado institucionalmente en el marco de revistas científicas (especialmente de filosofía de la técnica), en libros, en obras colectivas, en mesas de congresos de filosofía de la técnica dedicadas al problema, etc. Esto es, se trata de una delimitación en principio “institucional”. El cometido del libro es precisamente recoger y traducir en clave filosófica este despliegue de las discusiones tomando como eje vertebrador la tensión dialéctica entre enfoques intencionalistas y no-intencionalistas. Efectivamente esta categorización es propuesta por los autores del libro, pero esto no significa una mera expresión de deseos: hay suficientes consensos básicos entre los autores que incluimos

en cada categoría como para pensar que sus propuestas resultan integrables objetivamente dentro de un enfoque común.

En verdad toda imposición de un “*ismo*” en filosofía implica tal procedimiento, es decir, requiere integrar “artificialmente” una serie de aportes cuyos autores no tienen necesariamente autoconciencia del lugar que ocupan en el debate. En este sentido hemos mostrado cómo dentro de ambos enfoques hay ciertos argumentos que muestran cierta homogeneidad en algunos aspectos específicos y cruciales. En la categorización propuesta en nuestro libro los aspectos que permiten tal distinción entre los enfoques se relacionan, por ejemplo, con el peso adjudicado a las intenciones en el establecimiento de las funciones técnicas, el papel asignado a los mecanismos de copia o de reproducción, y la imagen prototípica de producción (*poiesis*) que direcciona cada planteo.

La justificación expresada no quita que también pensemos que estamos ante la presencia de un problema real, que explica en parte este consenso. Esto se puede advertir en la fenomenología de la cultura material que nuestro enfoque toma de Beth Preston. Allí mismo aparece como problemático el papel de las intenciones en el establecimiento de las funciones o, más bien, la pregunta filosófica y las propuestas intencionalistas y no intencionalistas cobran sentido en confrontación con el fenómeno de la cultura material misma.

También en su reseña Fisher objeta nuestra mención de asuntos ontológicos y epistemológicos en la presentación de los objetivos del libro. Al respecto afirma: “hablar de implicaciones ontológicas y, sobre todo, epistemológicas de los artefactos técnicos parece ir a contrapelo de su intención declarada por analizar la propia artificialidad, entendida como ‘artificialidad en sí misma’”. Efectivamente el libro trata sobre aspectos ontológicos y epistemológicos de los artefactos técnicos. Es cierto, como señala Fisher, que la mención de “implicaciones” puede ser en algún punto confundente. Pero el objetivo del libro es mostrar que algunas cuestiones ya clásicas dentro del debate contemporáneo (tal como el papel de las intenciones en la determinación de las funciones, entre otras) implica simultáneamente aspectos ontológicos (que remiten a cuestiones de identidad de los artefactos: ¿qué es aquello que hace *X* a un *X*? ¿Cuáles son sus condiciones de persistencia?) y aspectos epistemológicos (cómo los conocemos y podemos identificarlos, cómo

podemos asignarles funciones válidamente, qué significa exactamente una atribución funcional). En algún punto, y no hemos sido nosotros los primeros en señalarlo, estas discusiones se hallan solapadas y a veces es muy difícil determinar hasta qué punto uno está hablando en estos o en aquellos términos.

Si bien no podemos extendernos en este marco, cabe destacar que la cuestión de la distinción entre aspectos ontológicos y epistemológicos no parece formar parte del mismo debate llevado adelante por los autores estudiados en nuestro libro (Preston, por ejemplo, no aclara jamás si su último libro está dedicado a uno u a otro aspecto; en el caso de Millikan, por el contrario, si bien no lo plantea explícitamente, podemos desprender que solamente una teoría fuerte sobre las funciones en cuanto propiedades objetivas puede permitir pensar cualquier deriva problematizable a nivel epistemológico). En resumen, a la hora de indagar a los artefactos muchas veces las cuestiones ontológicas y epistemológicas terminan solapándose, lo cual no significa que nuestro libro no se haya esforzado en separar unas de otras a lo largo de su recorrido.

Una tercera objeción está vinculada con el sitio de los artefactos estéticos en una teoría de los artefactos. Como bien señala Fisher no parece haber “impedimentos lógicos ni prácticos para que algunas obras de arte cubran funciones técnicas, ni para que algunos objetos técnicos cubran funciones estéticas”. Inclusive podríamos ir más allá de esta idea y conceder que la producción de objetos en el diseño contemporáneo implica una fuerte hibridación entre componentes técnicos y estéticos (piénsese, por ejemplo, en la innovación constante en el diseño de teléfonos móviles).

En rigor nuestro planteo no niega a los artefactos estéticos su carácter de “artefactos”, ni tampoco niega el hecho de que ellos puedan ser insertados en planes de acción en términos similares a los objetos técnicos prototípicos. La cuestión es ciertamente densa y ha sido ampliamente tematizada en el debate contemporáneo (de hecho, Hilpinen y Dipert intentan partir —desde nuestro punto de vista sin resultados universalizables— desde una teoría que contemple tanto a artefactos técnicos como estéticos). Pero esa no es una cuestión relevante para nuestra propuesta, simplemente porque se sigue haciendo la distinción entre función técnica y función estética, como sucede además en

los debates contemporáneos de los cuales nos nutrimos. Sólo en el caso de que no se hiciera esa distinción nuestra aproximación se vería seriamente cuestionada. La inclusión de los artefactos estéticos en nuestro libro hubiera implicado disolver de alguna manera la fuerte homogeneidad de discusiones alrededor de la idea de *función técnica propia*, es decir, de discusiones que se apoyan en la mencionada distinción.

Un motivo adicional para adoptar nuestro enfoque fue el reconocimiento de cierto *factum* social según el cual los objetos técnicos prototípicos pueden ser coherentemente distinguidos de los objetos estéticos prototípicos (una pintura renacentista, una escultura situada en un museo) no sólo a raíz de los modos típicos de comprender a unos y a otros, sino también por sus modos de circulación, de consumo y de valoración, que encierran diferencias no menores.

La cuarta objeción alude a qué papel cumplen los agentes humanos en el marco de nuestra propuesta. Al respecto Fisher afirma que nuestro déficit es que intentamos, por todas las vías, “examinar las posibilidades de ‘eliminar’ al agente y ver a los artefactos ‘en sí mismos’ (...) este es el principal problema al que se enfrenta el texto, puesto que lo atraviesa longitudinalmente”. Frente a tal interpretación debemos precisar que la idea de estudiar a los artefactos en sí mismos no elimina en ningún sentido a los agentes. Por el contrario el trasfondo común a los enfoques intencionalistas y no-intencionalistas reside en el reconocimiento de que las intenciones juegan un papel fundamental en la cultura material. De modo que la noción de artefacto en sí misma implicaría la remisión a un agente (algo que refleja bien el lema de Mc Laughlin discutido en cap 2: “No agents, no artifacts, no functions”). La propia noción de “cultura material”, que elegimos para designar el fenómeno del mundo técnico humano, involucra constitutivamente una dimensión agentiva.

El énfasis en estudiar a los artefactos en sí mismos, en rigor, significa en nuestro libro la pretensión de alejarnos de una serie de estudios que toman a los artefactos o sistemas técnicos como meros medios para otras preocupaciones, como la ética aplicada respecto a las actuales biotecnologías, o el discurso de la ecofilosofía y su tematización de lo artificial, o la preocupación más de orden general de la Escuela de Frankfurt y la hermenéutica de siglo xx (Heidegger, Gadamer) por el impacto ontológico de la “era de la técnica moderna”. En estos casos,

como es visible, la tematización de lo artificial siempre es subsidiaria de otra preocupación troncal: la crisis del concepto moderno de individuo, la destrucción de la naturaleza, la unilateralización de la razón instrumental, la decadencia del *Sein*, o cualquier otra. La propuesta de este libro es recuperar a los objetos técnicos como temas con dignidad propia, sin que sea necesario instrumentalizarlos en una teoría que se ocupa de otros asuntos.

La quinta objeción está relacionada con nuestra noción de naturalismo, que —según Fisher— permanece ambigua o sin definición completa. El enfoque que ofrecemos en relación con el naturalismo se focaliza en cómo ciertas teorías (mayormente las que situamos en el no-intencionalismo) comparten una fuerte simpatía hacia los aportes de la teoría de la selección natural en el sentido de reconocer que dichos aportes podrían servir para esclarecer aspectos relevantes de la dinámica de las funciones en la cultura material. En este sentido la cuestión de fondo es decidir si (A) las intenciones son fundantes de los procesos de reproducción y variaciones en el ámbito técnico, o bien si (B) los fenómenos de reproducción y variación pueden entenderse coherentemente sin necesidad de involucrar estados intencionales que determinen el despliegue evolutivo de los linajes técnicos. Los postulados de los autores que incluimos en la vertiente no intencionalista suelen apoyar decididamente (B), al tiempo que suelen trazar constantes analogías entre la dinámica de la evolución biológica y la técnica, o más precisamente entre la dinámica reproductiva de los organismos y la de los artefactos. Los autores insertos en el intencionalismo, por el contrario, no toman este modelo de la evolución biológica como su punto de partida, sino más bien una escena poiética particular centrada en la relación entre el productor y su objeto en un escenario prototípico de producción artesanal.

Por otra parte no sostenemos, contra la interpretación hecha por Fisher, que la intencionalidad sea una especie de estado “sobre-natural”, o anti-natural. La intencionalidad puede ser pensada de manera auténtica —como ha hecho Dennett en *Darwin’s dangerous idea*— sólo dentro del peculiar proceso evolutivo que involucra una relación entre organismos y ambientes. En cuanto capacidad de la especie, la posibilidad de tener intenciones es tan “natural” como la posesión de un pulgar oponible o de una estructura ósea singular. En este sentido se

guimos a Millikan cuando pretende explicar naturalistamente la función de las intenciones, es decir, en los mismos términos que explica cualquier función biológica.

Teniendo en cuenta esto, en cierto modo entendemos lo que motiva la inquietud de nuestro reseñista. Se trata de lo siguiente: si tener intenciones es algo tan natural como tener un pulgar de cierto tipo, ¿cómo justificamos la oposición entre las explicaciones intencionalistas y las no intencionalistas? ¿Por qué no explicar las intenciones (junto con todo lo demás) en base a los fenómenos de reproducción y variación? Nuestra respuesta a estas preguntas y la objeción que encierran es que, incluso si acepta la validez de una explicación biológica de las intenciones (como nosotros hacemos), el fenómeno de la cultura material admite dos explicaciones diferentes en cuanto a la determinación de las funciones técnicas: una en donde las intenciones (entendidas también como fruto de un proceso evolutivo) juegan un papel preponderante y otra en las que no lo hacen. Ofrecer una sola explicación que englobe procesos de reproducción no intencionales y a las propias intenciones humanas resulta correcto pero implica asumir un foco tan lejano que se pierde de vista el fenómeno a tratar: hay en la cultura material procesos de reproducción y también intervenciones humanas intencionales, y nuestra investigación concierne al mejor modo de explicar las funciones técnicas presentes en dicha cultura.

La sexta objeción que identificamos podría resumirse del siguiente modo: Fisher sugiere que nuestra propuesta deriva en una suerte de ontología esencialista, o no relacionista. La respuesta a esta cuestión está anticipada en lo expuesto en nuestra réplica a la cuestión [4] que concierne a la relación entre agente y artefacto. El tipo de concepción que se propone sobre los artefactos supone que ellos son lo que son precisamente a raíz de algún tipo de conexión con agentes humanos. Por eso se habla de la “naturaleza de los artefactos” y en el mismo subtítulo del libro se especifica que el foco estará puesto en las *intenciones y funciones* en la cultura material. Paralelamente, si el déficit de nuestra propuesta fuera su incapacidad para explicar el cambio de funciones en sentido diacrónico, la idea de aceptar las explicaciones evolutivas de tipo reproductivista para entender, al menos en parte, el establecimiento de funciones nos aleja de cualquier visión rígida sobre los entes técnicos que pueblan el mundo.

Por otra parte no queda claro qué significaría exactamente, según lo que esgrime Fisher, un tratado o una indagación filosófica sobre la “artificialidad en sí misma”. En rigor, ni siquiera un tratado de ingeniería puede ser leído a la luz de elementos puramente internos; inclusive la tematización minimalista de la relación entre las partes y el todo en un artefacto, pongamos un reloj, implica siempre una remisión a un paraque que excede a ambos, es decir, al reloj como entidad con una identidad ontológica particular y a las partes que lo conforman. En otras palabras, nuestra intuición es que la misma definición de artefacto que forma parte de nuestro lenguaje filosófico impide —por su propia estructura interna— una ontología esencialista o no-relacionista.

La séptima objeción de Fisher señala que nuestra impugnación del intencionalismo (más específicamente, nuestras críticas a la idea del diseñador como quien posee intenciones fundantes) deriva en una posición “constructivista”. Allí hay una primera malinterpretación dado que el denominado constructivismo social de la tecnología es esencialmente una teoría dedicada a explicar el cambio tecnológico, concretamente a mostrar qué papeles juegan las fuerzas sociales y culturales en dicho proceso, y no a dar cuenta de la relación entre funciones e intenciones. Aún si quisiéramos inferir una perspectiva constructivista sobre tal asunto no queda claro que debiéramos pensarla como lo hace Fisher. Precisamente un segundo error consiste en suponer que el constructivismo constituye una teoría no intencionalista. En verdad, el constructivismo social de las tecnologías en cualquiera de sus versiones se aproxima, más bien, a algunas intuiciones del intencionalismo. Por supuesto, según estos modelos las intenciones fundantes no reposan necesariamente en los diseñadores sino en los colectivos de usuarios, quienes definen a los artefactos y les otorgan significado. Desde este punto de vista constructivista, los artefactos disponen de “flexibilidad interpretativa”, sus diseños no son fijos, sólo se estabilizan cuando los denominados “grupos sociales relevantes” creen que se resuelven los problemas o deseos asociados a cada artefacto. De tal modo podría inferirse que estos grupos sociales relevantes disponen de alguna forma de intención colectiva fundante que concluye clausurando la disputa acerca de, por ejemplo, qué es una bicicleta, es decir, determinan cuál es el diseño triunfante, cuál es su función propia, etc. Como se



habrá notado, este argumento se halla cercano al enfoque intencionalista en su variante de autoría situada en los usuarios (cap. 2).

Por otra parte, contra la lógica propia del debate en filosofía de los artefactos, Fisher introduce en su argumento el caso del proyecto Manhattan. Este último constituye, según su opinión, un “contraejemplo” a la tesis no intencionalista que abre el capítulo 3. Sin embargo aquí hay que subrayar varios aspectos. El “proyecto Manhattan”, como su denominación connota, no es un buen ejemplo de artefacto prototípico; en cambio, es un buen ejemplo para aquello que Th. Hughes denomina “sistema técnico”, o para aquello que la sociología constructivista capta con su noción de “ensamble sociotécnico”, o para aquello que Latour llama “ensamble H-nH”, es decir, un ensamble de agencias humanas y no humanas en movimiento.

Ciertamente el terreno de análisis del debate intencionalismo/no intencionalismo es bastante refractario al uso de sistemas técnicos. Esto tiene sentido dado que, podemos suponer, la identidad de los sistemas técnicos es un tanto más inestable que la identidad de los artefactos prototípicos; y en tal sentido resulta un tanto más difícil de delimitar como unidad de análisis. Los martillos, los automóviles y las botellas, en cambio, ofrecen la ventaja de una rápida identificación y delimitación, que permite la indagación acerca de las funciones y la relación con intenciones particulares. En el ámbito de los sistemas la atribución de funciones propias (y su posterior conexión con intenciones) resulta, en el mejor de los casos, menos atractiva filosóficamente.

En definitiva, los motivos anteriores explican la ausencia deliberada de ejemplos de sistemas técnicos en el desarrollo de nuestro libro. Nuestra intuición es que el proyecto Manhattan, así también como otros grandes sistemas modernos o contemporáneos, no tienen por qué ser cubiertos inicialmente por una teoría filosófica sobre los artefactos pues la naturaleza de estos sistemas excede ampliamente los alcances del vocabulario de análisis articulado alrededor de las ideas de función propia, intención, etc. Si esta restricción constituye o no una grave limitación para la filosofía de la técnica es otro asunto bien distinto que no puede evaluarse aquí en el marco de esta réplica.

La octava objeción de la reseña de Fisher indica que nuestra posición terminaría asociada a un reproductivismo problemático, y que este punto de vista equivaldría a un “determinismo light”. Según Fisher

el hecho de que no sea posible hallar y señalar positivamente intenciones fundantes de las funciones propias “no implica que no haya intenciones que sean responsables del ritmo y rumbo de las trayectorias de los ‘linajes artefactuales’. Afirmar lo contrario los comprometería con un determinismo tecnológico que, si bien se cuidan de mencionarlo siquiera, implícitamente rechazan, aunque de muy tibia manera, dada su tendencia a flirtear con el reproductivismo, que vendría a final de cuentas a ser una clase de determinismo descafeinado o light”.

Veamos esta objeción. En primer lugar, no se entiende en qué sentido la cuestión del determinismo tecnológico podría insertarse de manera coherente dentro del debate intencionalismo/no intencionalismo al cual se ciñe el libro. La razón para esta imposibilidad es la ya esgrimida en la réplica [7]: el determinismo tecnológico —independientemente de sus variantes— supone un foco en los sistemas técnicos (véanse las típicas discusiones de L. Winner en su célebre libro *Autonomous technology*) o en alguna clase de sistemas productivos a gran escala (véase el paper fundacional de R. Heilbroner “Do machines makes history?”). En cambio, el foco propuesto en nuestro libro remite a los artefactos técnicos en cuanto componentes vitales de la cultura material y, en tal sentido, se cuida de tematizar la naturaleza y el despliegue de los sistemas técnicos (aunque, por supuesto, no es necesariamente incompatible con su tratamiento). Es decir, nuestra pretensión es situarnos entre el reproductivismo radicalizado y el intencionalismo fuerte. Pero más allá del grado de éxito que alcanza nuestra solución, lo cierto es que tal posición no puede jamás ser encuadrada bajo el determinismo tecnológico. Como se ha insistido en la anterior respuesta tanto el constructivismo social de la tecnología como el determinismo tecnológico son teorías que intentan explicar el cambio tecnológico, y no ofrecen una perspectiva explícita sobre la cuestión de cómo emergen las funciones de los artefactos y qué papel cumplen las intenciones humanas en dicho proceso.

Ahora bien, si el foco de la crítica ya no el determinismo, sino más bien cierto carácter autónomo que parece tener la dinámica de las funciones en la cultura material podemos sugerir lo siguiente. En el marco de nuestra propuesta queda claro que evitamos la idea de un despliegue completamente autónomo o esencialmente desligado de las actividades intencionales de los agentes humanos. Por eso hemos

insistido tanto en no confundir el papel fundante de las intenciones humanas respecto del establecimiento de funciones con la negación de que las intenciones tengan relevancia en la cultura material. Si bien pusimos serios reparos a lo primero (acercándonos al reproductivismo) nunca negamos lo segundo (en concordancia con autores abiertamente no intencionalistas, tales como Preston).

Para finalizar: con estas réplicas esperamos haber precisado algunos puntos particulares de nuestra posición y, al mismo tiempo, haber contribuido a seguir discutiendo este tema tan relevante dentro del debate contemporáneo en filosofía de la técnica.

DIEGO PARENTE

ANDRÉS CRELIER

CONICET-Universidad Nacional de Mar del Plata